

El pez de rayas amarillas

Aquella mañana, la abuelita, con serio semblante y los ojos que destilaban advertencias milenarias, les había prohibido acercarse al río. Su voz de autoridad martilló el silencio de la casa cuando sorprendió a Rodrigo descolgando su bermuda del tendedero: “¡Ni se te ocurra meter los pies en el río, Ro!”. Ella bien sabía que el río Tula, inflado por la época de lluvias, arrastraba consigo no solo piedras y ramas, sino también leyendas trágicas. Afuera, el zumbido incesante de los grillos competía con el repiqueteo de las gotas de lluvia, que danzaban sobre las hojas de aguacate y el tejado de lámina. Todo eso sonaba como una sinfonía que anunciaba la temporada de lluvias sobre este pueblito mexicano.

La abuelita estaba preparando la comida. En su piel morena y arrugada se impregnaba un mapa que narraba historias de antaño. Después de un silencio que pesaba toneladas, la abuelita tejió en el aire una historia que los niños ya conocían bien: la historia de Lucía, su hija. Hace unos años, en una de esas noches en las cuales las lluvias danzan con la tierra, Lucía desafió las aguas del río Tula:

–No crean que fue un simple acto de desafío: fue un pacto sellado con la poderosa Diosa Chalchiuhtlicue, esposa de Tláloc, diosa del agua, de todos los ríos, lagos y mares. Lucía se sumergió en el agua y, ¡pum! Se transformó en pez, fusionando su esencia con el río, para ser parte de la corriente que susurra secretos al viento...

La habitación se llenó con la solemnidad de la narración, y la abuelita dejó que las palabras resonaran en el alma del impetuoso Rodrigo.

–Ya no soy un bebé como para creerme estos cuentos, abuelita. Mi mamá no es ningún pez.

–¡No son cuentos, Ro! Es la pura verdad. Si quieres mantener forma humana, ¡aléjate del río Tula! - Las tortillas se le escaparon de las manos.

–De todas maneras, yo sé que mi mamá se murió... -Susurró Rodrigo con los ojos fijados en el suelo.

Las tortillas, doradas como el sol, crujieron bajo el deslizarse de los dedos de la abuelita. Observó a su nieto con unos ojos que parecieron ser ventanas al pasado, repletos de recuerdos que aún pesaban en su corazón.

–Sí, Ro, tu mamá, así como la conociste, se fue para siempre. Ahora, su espíritu fluye con la corriente del río Tula. Es parte del agua y de cada uno de sus reflejos plateados bajo la luna. Ya no podemos verla, pero su presencia está ahí, en este río que serpentea como un lazo eterno entre nosotros...

El eco de la historia perduró en la cocina. Rodrigo no estaba para nada convencido, pero ya no quería discutir. La abuelita le echó una mirada discreta y preocupada a Leo, el más chiquito de sus nietos.

Leo se quedó silencioso. No entendía porqué a los grandes les gustaba tanto usar palabras tan complicadas. Y quería decirle a su hermano mayor que dejara ya de enojar a la abuelita: cada vez que se enojaba, su salsa salía demasiado picosa. Leo tampoco entendió bien qué quería decir Rodrigo, ¡claro que mamá es un pez! Cuántas veces se la había imaginado: danzaba en el agua, feliz, luciendo sus escamas multicolores, acompañada de todos sus amigos acuáticos. Seguramente había viajado mucho, y ya conocía las aguas del mundo entero. Desde que había escuchado a su maestra hablar de la trucha arcoíris, estaba seguro: su madre se había transformado en una de ellas.

Por esta razón, Leo nunca más volvería a comer peces, ni ningún otro animalito. A menudo se preguntaba por qué los adultos comían animales: ¡son nuestros mejores amigos! Todas las mañanas, justo antes de ir a la escuela, le regaba al cielo, arrodillado con los codos hincados en la cama, que no la fueran a pescar. Si pudiera, les gritaría a todos los humanos que dejen de pescar ya, pues entre todos los peces se encontraba su querida mamá.

Mientras tanto mundo pasaba por su cabeza, Leo se quedó sentado. Simulaba leer el libro que tenía abierto sobre las piernas. Era un libro de texto sobre la historia de México que, hace un par de años, aún pertenecía a Rodrigo. Había tenido que borrar sus respuestas, deshaciendo el migajón sobre las hojas hasta casi rasgarlas. Pero no se borraba por completo y las marcas de Rodrigo seguían ahí. Leo sintió un dolor en su estómago, aquel dolor que corría en su cuerpo cada vez que sentía que su hermano mayor se iba a meter en problemas. Sabía que Ro iba a desobedecerle a la abuelita. Siempre lo hacía. Esta vez, iba a ir al río con Cecilia.

Leo había notado que su hermano estaba enamorado de Cecilia. Rodrigo se vistió con su playera favorita – una playera amarilla con rayas negras – para volverse invencible. Cada vez que se ponía esta playera, se transformaba en superhéroe. Leo observaba de reojo cómo su hermano ocultaba tortas y ropa en su mochila. La mochila de Rodrigo no solo llevaba provisiones para

la aventura prohibida; era un cofre lleno de tesoros imaginarios, de mapas secretos y de toda la valentía de un hermano mayor.

La abuelita estaba en la cocina: los chipotles secos crujían en el molcajete, y toda la casa olía a tortillas recién hechas. Los ojos de Leo se detuvieron sobre su libro: alguien – Ro, quizás – había dibujado un pez con un paraguas. Le pareció divertido que las rayas amarillas del paraguas se mezclaran con la tela de la playera favorita de Rodrigo. Leo pensó que, si los peces tuvieran paraguas, podrían nadar en la lluvia sin mojarse, y que eso les haría la vida mucho más divertida. ¡Ojalá su mamá tuviera uno! Se emocionó al pensar que se encontraban personajes así en el río Tula.

Cuando Rodrigo le propuso acompañarlo al río, Leo dudó. La tentación era grande, pero su obediencia lo retenía. A Abuelita no le gustaría para nada saber que, en vez de ir a la escuela, iban a ir al río. Era muy, muy, muy importante ser un niño obediente para poder salir al parque en los fines de semana. Su malestar en el estómago se intensificó. Leo no podía desobedecer, pero tampoco quería decepcionar a su hermano mayor: él era tan valiente, era su héroe favorito. Además, quizás iba a poder ver a su mamá nadando en el agua.

Decidió unirse a la aventura. Pero antes de poner sus zapatos y de correr para alcanzar a Cecilia y a su hermano, recortó el dibujo del pececito con el paraguas. Lo guardó en su bolsillo como si guardara algún secreto que solo él pudiera descifrar. Recordó todas las veces que había guardado tesoros secretos en su bolsillo: piedras brillantes, plumas de aves mágicas o pequeñas perlas de brujo que encontraba en su camino.

Los tres niños podían escuchar el ensordecedor estruendo del río desde su pueblito. Los árboles parecían doblarse en reverencia ante la presencia de los pequeños exploradores. Las gotas de lluvia que aún caían del cielo danzaban en cámara lenta, creando un ballet líquido que marcaba una coreografía única para aquellos que tenían el coraje de desafiar la advertencia de la abuelita. Leo pensó en el camino que los ríos eran carreteras secretas que llevaban a tierras mágicas, y que cada ola escondía un portal hacia un lugar lleno de maravillas y de protagonistas divertidos.

Cuando llegaron, Cecilia, la más prudente de la banda, aconsejó no sumergirse en esas aguas turbulentas. Ella también sabía que aquel que se metía se transformaba en pez, su madre se lo había contado demasiadas veces. Ro, temeroso pero decidido a comprobar que esta leyenda era otra mentira de los adultos para controlar a los niños, se quitó los zapatos y se acercó peligrosamente a la orilla. El agua parecía querer aferrarse a los pies de Rodrigo. El Tula rugía desbordado: era un monstruo furioso. Asombrado, Leo observó desfilando en su corriente los

árboles y las rocas, a toda velocidad. El río también escupía las presas que ya había digerido, dejando sobre su paso peces agitados e indefensos en el empedrado. Al verlos, Leo pensó en su madre. Pero sabía que ella era la mujer más fuerte del mundo: sin duda podía resistirle al monstruo Tula.

El Tula parecía tener mucha hambre cuando Rodrigo resbaló en la lisura húmeda de las piedras. Sin tardar, el río lo envolvió en sus aguas. Un grito desgarrador se escapó del pequeño cuerpo de Cecilia. Leo se quedó mudo: cerró sus ojos, esperando que, al volver a abrirlos, se despertaría en su cama. El mundo se hizo silencio: Leo ya no escuchaba el río rugir. Apretó el dibujo que llevaba en su bolsillo y se aferró tan fuerte a él que le empezó a doler la piel de su palma en la cual se habían clavado sus uñas.

Después de un tiempo, abrió los ojos, y, cuando las cortinas de lágrimas se abrieron, toda su atención se enfocó en un pececito que se encontraba a unos centímetros de sus pies: ¡un pez negro con rayas amarillas! Leo, sin poder contener su alegría, se precipitó para recoger al pez entre sus manos, mientras Cecilia, quien había visto el pez unos segundos antes, hurgó desesperada en los botes de basura de los alrededores en busca de algún recipiente que sirviera de resguardo.

Cuando abuelita llegó, Leo le estiró, con una de estas sonrisas que solo se dibujan en los rostros de quienes rebosan de esperanza, un garrafón lleno de un agua turbia en la que se movía, nervioso, el pececito. Sus labios temblaron antes de pronunciar, con una ternura desconcertante, palabras capaces de desafiar cualquier tragedia: “¡Abue! ¡He encontrado a Ro! Mira, es Ro, se transformó en un lindo pez cuando cayó al agua, pero, afortunadamente, ¡lo he encontrado!”, le dijo, con orgullo. “Dime, Abuelita, ¿crees que deberíamos dejarlo ir con mamá?”

Y así, en ese momento suspendido entre dos mundos posibles, decidieron dejar que el pez de rayas amarillas, que quizás alguna vez fue Rodrigo, nadara de nuevo en las aguas del río Tula.